

ARQUEOLOGOS ESPAÑOLES, EN ITALIA

ROMA. Crónica de nuestro corresponsal. Desde Carlos III a nuestra época, nunca una Misión arqueológica española había vuelto a excavar en el inagotable venero de riquezas que se esconde en una multitud de parcelas fecundas del suelo italiano. El primer soplo vital para la resurrección de Pompeya fué español, y ahora, al cabo de casi dos siglos, unos españoles trabajan con entusiasmo aportando ciencia abundante y conciencia escrupulosa en unas importantes excavaciones en homenaje a Roma y a la universal cultura que de su magisterio se desprende, realizadas por la Sección de Arqueología de la Escuela de España en Roma, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. De los estudios y trabajos de esta Sección está encargado el catedrático de la Universidad don Martín Almagro, colaborando con él como becarios don Antonio Blanco, profesor adjunto de Arqueología de la misma Universidad; don Alberto Balli, conservador del Museo Arqueológico de Barcelona, y don Javier de Navascués, estudiante de Arquitectura y alumno del profesor Almagro. Esta breve pero eficaz Misión ha centrado sus actividades, con rápidos provechos, a 19 kilómetros de Roma, en unos campos donde existió la antigua ciudad de Gabii, en torno al hoy desecado lago de Castiglione. Pero debo decir de antemano que el Ministerio de Instrucción Pública de Italia no sólo se ha mostrado cordialísimo en el ofrecimiento y en la recepción a los arqueólogos españoles, sino que les ha prestado una colaboración generosa para el buen desarrollo de su importante trabajo y para que se traduzcan en positivas y fecundas realidades los recíprocos acuerdos en orden a la cultura y a todo género de manifestaciones de intercambio científico y artístico. Hay, pues, que continuar y corresponder al buen ejemplo que dan los italianos.

El cronista, curioso, ha salido por la

Vía Prenestina para tratar de descubrir al lector lo que nuestros arqueólogos están descubriendo para la gran cultura. Y en un punto, a mitad de camino entre Roma y Palestrina, ha encontrado, en torno a las ruinas de un templo pagano, a los cuatro españoles de la Misión silenciosa y obstinada y a media docena de obreros empeñados en arrancar con pico y pala deslumbradores secretos a una zona donde existió una ciudad importante que, según los antiguos textos, se llamó Gabii. Las tradiciones que transmitieron algunos escritores de la antigüedad clásica atribuyen la fundación de tal ciudad a dos hermanos sículos, Gato y Bio, que, combinando las dos primeras sílabas de sus nombres, la llamaron Ga-bi. Para la leyenda, en ella transcurrieron su niñez y adolescencia nada menos que Rómulo y Remo. Pero para la realidad histórica, el hecho importante es que Gabii ejerció una notable influencia en el desarrollo del naciente Estado romano. Hacia el siglo V, antes de Cristo, época en que la expansión de Roma llega a los límites de su territorio, se alía con la Urbe mediante un pacto, "foedus Gabinus", que permitía a Gabii conservar sus leyes y usos, pero englobada en la visión de la Roma primitiva. A esta alianza continuó fiel la ciudad que pretenden resucitar ahora nuestros arqueólogos, incluso en los momentos más críticos de la expansión romana cuando las alianzas de sus enemigos y las defecciones de sus aliados comprometían el ímpetu y aun los sueños de su esplendoroso porvenir. Y también en el ritual y en los cultos romanos debió influir Gabii, como denota el nombre de "cinctus Gabinus" usado para denominar el ceñidor de los sacrificadores.

No obstante su fuerza e influencia, cuando Roma es cabeza y cabecera, Gabii se empequeñeció hasta el mínimo, aunque las estatuas halladas a fines del siglo XVIII en su foro, que el príncipe Borghese vendió más tarde a Napoleón para

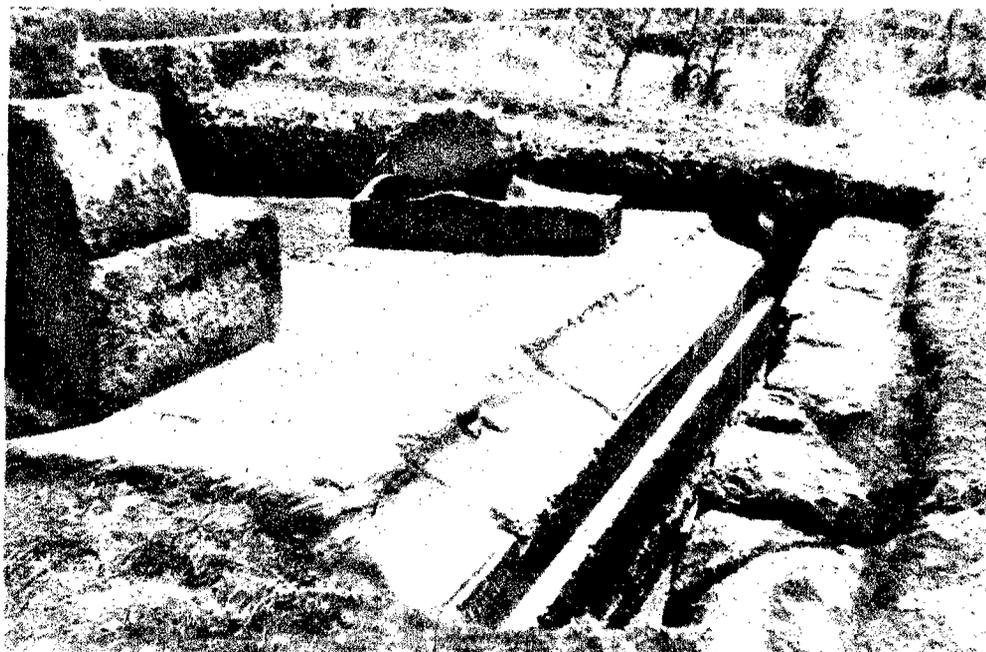


La réplica romana del Eroi de Lysifapas, descubierta en los terrenos del antiguo Foro de Gabii. Con ella, los señores Almagro y Blanco.

el Museo del Louvre, donde se conservan, juntamente con algunas importantes inscripciones, reflejan una cierta recuperación de la ciudad en los dos primeros siglos del Imperio, al reseñar su carácter de municipio romano el nombre de algunos de sus magistrados y la importancia de un acueducto que mandó construir el Emperador Adriano. Del templo consagrado a Juno Gabinia habla Virgilio, y en él y en su torno se mueven todos los trabajos de excavación de los arqueólogos españoles. Las ruinas de este templo constituyen uno de los monumentos arqueológicos más importantes del Lazio y su interés se pone de relieve en la historia de la arquitectura romana de época republicana, por cuanto nos muestra la coexistencia y amalgama de modalidades arquitectónicas de origen itálico con disposiciones y esquemas urbanísticos del conjunto, de clara prosapia helénica, pareciendo corresponder al siglo II, antes de Cristo, es decir, al período crucial de la formación de la personalidad de la arquitectura romana. Cuando el cristianismo avanza, se crea un Obispado en Gabii, cuyo primer titular fué el mártir San Primo. Este Obispado continúa hasta el siglo VII de nuestra Era, época en la cual la progresiva despoblación causada, en gran parte, por la insalubridad de la vecina zona pantanosa, hace que la ciudad, ya muerta, pase, primero, a las Ordenes monásticas y, más tarde, a varios y distintos señores, según las vicisitudes de las luchas feudales que ensombrecieron la vida del Lazio durante el Medioevo.

Hoy sobre la polvorienta cima, junto a las ruinas del templo de Juno, una Misión arqueológica española trabaja con ardiente vocación. Y los primeros frutos abren el camino a luminosas esperanzas. No son pocas las piezas importantes extraídas. Y sobre todo se están aclarando muchos puntos que permanecían oscuros hasta el momento en que nuestros arqueólogos llegaron.

Julían CORTES-CAVANILLAS.



El basamento del templo de Juno Gabinia, descubierto durante las actuales excavaciones. En la fotografía se ve el tambor de una de las columnas jónicas. (Fotos Balli.)